

La Novela Film

Núm. 95

30 cts.



Siete ocasiones
por Buster Keaton (Pamplinas)



LA NOVELA FILM

Redacción | Cortes, 651
Administración | BARCELONA

AÑO III

N.º 95

SIETE OCASIONES

(THE SEVEN CHANCES, 1925)

Divertida comedia, interpretada
por el artista que no se rie nunca

BUSTER KEATON*

AMB RUTH DwyER i SIVITZ EDWARDS

METRO GOLDWYN PICTURES

* * *

EXCLUSIVA DE

METRO GOLDWYN CORPORATION

Rambla Cataluña, 122
BARCELONA

LA NOVELA FILM

Revista de literatura y teatro

Editorial: LA NOVELA FILM

100 páginas

Prohibida la
reproducción

SEIS OCASIONES

Revisado por la
censura gubernativa

OTROS TÍTULOS

SEIS OCASIONES

OTROS TÍTULOS

Imp. "Victoire", Urgel, T—Barcelona.

SIETE OCASIONES

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

¿Ustedes saben lo que es la timidez?

Lo explicaremos a nuestra manera. Un hombre tímido es aquel que, a pesar de tener mucha voluntad de hacer algo, se queda con las ganas, porque no sabe decidirse.

El prototipo de la timidez es el "héroe" que vamos a presentarles: Jimmie Shannon, para servir a Dios y a ustedes. Edad: es lo de menos. Estatura: la corriente. Nervios: sin corriente. Una luz apagada. Está enamorado. Es un síntoma de locura.

Ella, una linda muchacha con un palmito súper, un cuerpecito extrasúper y un modo de mirar abrazador. Su nombre: Mary Jones.

Aquella espléndorosa mafiana de verano, Jimmie se propone declararse a Mary... Todo es propicio... Todo canta un himno al amor... El perfume de las flores... el azul del cielo...

Mary acaricia un faldero, en espera de la erupción del volcán que arde en el pecho de Jimmie.

Pero el galán, vencido por la timidez, se contenta con pasar la mano por el lomo del perrillo, y dice:

—¡Bonito cachorro!...

Como el tiempo vuela, pues hoy se vive muy de prisa, el otoño sorprende al enamorado sin haberse declarado aún.

Aquel suave día, Jimmie está dispuesto a declararse. Sí... Todo es propicio... todo entona un himno al amor... La dulzura del ambiente, la caída de la hoja, la caída de la tarde...

El perro ha ascendido en el escalafón. Su dentadura es ya de pronóstico.

Jimmie cuenta hasta doce... y falla otra vez:

—¡Bonito cachorro!...

Así, no es extraño que se le eche encima el invierno.

Aquel crudísimo día, Jimmie se declara, vaya si se declara... Sí... Sí... Todo es propicio... todo tira un himno de amor... La blancura de la nieve, el piar de los pajarillos...

El perro dista de ser un vulgar ejemplar de su raza. Ha tenido tiempo de crecer, y por cierto que no ha perdido el tiempo.

Sin embargo, Jimmie, tan tímido como el primer día de conocer a Mary, no sabe salir de su canticela:

—¡Bonito cachorro!...

Mary sigue esperando... *Un jour viendra*, perfume de Arys...

Y pensando en ese *jour* llega la otra primavera.

Ahora sí que Jimmie se siente valeroso... La mañana es tan tibia... Sí... Aquel día, Jimmie se de-

clararía de una vez para siempre a Mary... ¿No lo pregonaban ya las canoras avecillas...? ¿No lo murmuraba ya el arroyo cristalino...?

Pero... ¡tampoco sale la declaración!

Y dale con el “¡Bonito cachorro!...”

Y vuelta a esperar.

* *

A parte de que con el bello sexo se cortaba con más facilidad que la salsa mayonesa, en la vida corriente Jimmie era un hombre como otro cualquiera. Pertenecía a la firma Meekin y Shannon, corredores de bolsa, y para no faltarle nada, hasta una quiebra tenía en perspectiva.

Los instantes eran supremos. El telégrafo funcionaba nerviosamente.

Las noticias que se iban recibiendo hacían palidecer a los socios.

—Estos informes son como el contrato de inquilinato de nuestra futura residencia: la cárcel modelo—dice Jimmie, que ya se ve entre rejas.

En la antesala, un hombrecillo misterioso aguardaba la llegada de Jimmie, “para entregarle unos documentos”.

La taqui-meca y telefonista se encarga de anunciar al visitante.

—Tiene una cara como de chupatintas de juzgado y trae unos papeles que quiere entregar personalmente.

Jimmie teme lo peor, y se niega a recibir al que desea verle.

—A lo mejor es una papeleta de citación! La señorita sale del despacho de los socios y contesta al visitante que Jimmie no está.

Pero el hombre no es tonto, y como ha visto, al abrirse frente a sí la puerta del gabinete de la gerencia, al propio Jimmie, rehusa marcharse, y pretende entrar a pesar de todo.

La señorita le mira con ojos de tigresa, mas el hombre es pequeño pero decidido, y se cuela en el despacho de los socios, pretendiendo hablar con Jimmie.

El compañero de éste, que no admite que nadie discuta sus órdenes, agarra al visitante por el cuello de la americana, y le obliga a desalojar el local.

Inútil empeño; porque el visitante se sienta frente al despacho de la gerencia, en espera de que Jimmie salga del mismo para ir a comer.

Transcurre un cuarto de hora, al cabo del cual los socios salen por otra puerta, y habrían burlado al desconocido, de no haber visto éste a tiempo a los aquéllos se le escapaban.

No obstante, por más que hizo el buen hombre, no pudo conseguir que Jimmie le atendiese.

Ya en la calle, los socios tomaron un *auto* y dieron la dirección del Golf Club.

El empalagoso tío no se da por vencido y los sigue en otro coche.

Llegados a destino, el desconocido insiste en hablar con Jimmie, que se ve obligado a recurrir a la ayuda de un agente de policía para librarse del cargante sujeto.

A poco, los dos socios se hallaban sentados a una mesa, con buen apetito.

El cara de chupatintas logra burlar la vigilancia del policía, y descubriendo a aquéllos, desde el jardín, junto a una ventana, adhiere a dicha

ventana un documento, cuya súbita aparición atrae los ojos de los dos socios.

—¡Mi madre!—clama Jimmie.

—¡Demonio!—dice asombrado su compañero.

No se extrañen ustedes. A ver qué cara ponen cuando se enteren de esta tontería:

Su abuelo acaba de pasar a mejor vida... Le ha dejado a usted la respetable suma de... siete millones de dólares.

Los socios se levantan como electrizados; pero simultáneamente con su deseo de reunirse con el portador de aquella estupenda nueva, el guardia requerido momentos antes por Jimmie detiene al desconocido, llevándoselo consigo, probablemente para abandonarlo a distancia del Club.

Jimmie y su socio vuelan, y cuando alcanzan al "simpático" mortal, lo separan de la garra del guardia, y, cubriendole de atenciones se alejan hacia el Club, para devorar con los ojos los documentos de que es portador.

El guardia se sorprende, y habla motivo. Pero como era guardia, encogió los hombros... y reintegróse a su sitio. ¡Un tro de locos, qué importa al mundo!—debió pensar.

Ya en el Club, Jimmie recibe confirmación de la herencia de siete millones de dólares.

No era sólo su abuelo el que había pasado a mejor vida, sino él y su socio, ¡porque ya se veían con pijamas del gobierno!

Pero... el testamento contenía una cláusula que imponía al heredero la condición *sine qua non* de encontrarse casado antes de las siete de la tarde del día en que cumpliese veintisiete años.

La cosa no parecía grave, pero Jimmie estaba preocupado.

—¿Cuándo cumples los veintisiete?—le pregunta su socio.

Y Jimmie, que acaba de consultar el calendario, dice en un suspiro:

—¡Hoy!

—¡Hoy? ¡Qué contratiempo!—se lamenta el socio.

—No hay que apurarse... De aquí a las siete puede usted casarse cien veces—interviene el notario.

Jimmie se acuerda de que ama a una linda mujer.

—Puedo declararme a María...

—Pues corre a hacerlo... y te esperamos aquí con la impaciencia que puedes suponer. Animo, valor y miedo, Jimmie. En tus manos está nuestra salvación.

—Me parece que me voy a quedar con lo último... Pero no... Hoy me declaro... Hasta luego.

* * *

Un poco más tarde, Jimmie se hallaba en el jardín de la casa de Mary, ensayándose para declararse.

—Mary... tú... digo... yo... es decir... nosotros...

Mary apareció, sin que Jimmie se diera cuenta, y sentóse en el mismo banco en que el galán estudiaba posturas para el mejor efecto de la declaración.

Mary escucha.. y se siente embargada de dicha al oír lo que ella cree que es la verdadera declaración, pues como, azorada, no mira a Jimmie, supone que éste la ha visto y se le declara.

—Mary... me gustas más que el Camembert, y ya sabes que ese queso es mi flaco... Te casarías conmigo, Mary?

Ya está. La cosa ha salido bien. Ya podría repetirla delante de Mary.

Pero... no hay necesidad. Aquel ensayo ha sido válido, porque Mary, vencida por la pasión, se rinde en los brazos del asombrado Jimmie, que no se cae de espaldas... por no ensuciarse la ropa.

La casualidad ha ayudado a la timidez. Que Dios se lo pague.

Encantado de lo llanamente que ha sido derribado el peligro de la indecisión, Jimmie no desaprovecha la ocasión de abrazar a Mary, por quien está que se derrite, y como las siete se van acercando, se separa de ella, y le dice, sin poder ocultar su precipitación:

—Me voy corriendo a anunciar a mi socio que lo he arreglado ya todo y que nos casamos hoy...

—¿Y por qué precisamente hoy?

—Te seré sincero, chica... Mi abuelo me deja en su testamento una burrada de dinero... a condición de que hoy esté casado con alguien...

—¡Ah!...

—No... no quise decir con alguien... Puedo casarme con cualquiera... Es decir... No importa con quien me case... No... Mejor dicho... Debo casarme con alguna... sea quien sea...

—¿Y has pensado en mí, verdad? Sin el interés... jamás me habrías hablado de amor... ¿no es eso...? Pues no cuentes conmigo... porque yo no quiero un corazón metalizado... ¡Adiós!

—Pero... Mary... ¿Qué te habré dicho yo?...

Estériles esfuerzos los de Jimmie para retener a Mary y darle una explicación. La doncella, herida en su amor propio, no quiso saber más de él.

—Oh, mamá!—exclamó arrojándose en los brazos de su madre al regresar a la casa—. Acabo de ver a Jimmie... y me he disgustado con él... Me dijó que tenía que casarse hoy mismo, fuese con quien fuese, y que bien pudiera ser yo.

Entretanto, pegándose con furia, Jimmie volvía al club.

—¿Qué, os casáis?—preguntó su socio.

—No; ha interpretado mal mis sentimientos.

—¡Buena la has hecho! Vamos ahí dentro y ha-

blaremos con calma, si es que es posible no perder la tranquilidad viendo volar siete millones en torno nuestro.

Se acomodan en la secretaría del club, al tiempo que la madre de Mary, convencida de que Jimmie ama a su hija, dice a ésta:

—No es posible que haya querido decir eso... Se le habrá trabado la lengua, hija mía... Tal vez por teléfono...

Y mientras Mary telefona al club para ponerse en comunicación con Jimmie, éste, involuntariamente, colocando debajo del mismo una caja, ha levantado el receptor del teléfono, resultando que Mary habla y no se la oye, pero ella se entera de lo que dicen los tres interesados en la fabulosa herencia.

—Señor Shannon, hay que buscar otra novia...—aconseja el notario consultando el reloj.

—¡No me casaré con ninguna otra!

Esto encanta a Mary, que se esfuerza para que la oigan, pero es inútil.

—Pero, ¿va usted a dejar escapar esos siete millones?

—¡Sí! ¡Pueden irse al cuerno esos millones! ¡Por culpa de ellos he perdido a la única mujer que he querido en mi vida!...

De haberle tenido cerca, Mary se habría vuelto loca besando a Jimmie, pero como estaba lejos de él, se contenta con asegurarle que es suyo su amor, y escribe en un papel lo que sigue:

James Shannon:

¡Cuidado como te atrevas a casarte con otra!

MARY

P. S. Creo que estaré en casa todo el día.

Después de escrito el aviso, Mary lo va a entre-

gar a su criado negro, que, viejo y con unos pies que nacieron perezosos, no es modelo de actividad.

—Llévrale este papel al señor Shannon—le dice—. ¡Volando!

El servidor monta un caballo que también nació cansado, y se aleja “al trote”.

El socio de Jimmie, desesperado ante la visión de los acreedores, implora de él la salvación.

—Piensa en la quiebra... nuestra reputación... la cárcel... a menos que te cases. Si no quieres hacerlo para salvarte tú, tienes el deber de hacerlo para salvarme a mí, que soy tu socio.

Jimmie tiene buen corazón y se compadece de su socio, decidiéndose a sacrificarse por él.

—Feliz no seré; pero podéis hacer de mí lo que queráis.

El socio conduce a Jimmie y al notario al *hall* del Club, y desde el mismo le señala varias mujeres que están sentadas a las mesitas del *restaurant*.

—Bueno... ¿dónde está la novia?—pregunta Jimmie indiferente.

—Pues... ahí tienes una buena colección.

—¿A cuántas conoces?

—Apunta... Anita, esa morena de allí... Matilde, la “dulce”, como la llaman sus amigos... Encarnación, esa delgadita tan fina... Mercedes, la del pelo corto, más corto que las otras, para distinguirse de ellas... María Luisa, la del fondo... Lee versos de un amigo mío que es cocinero... Esperanza, la del cigarrillo... Fíjate bien en ella... Mientras hay vida... hay Esperanza... En fin, Luisita, la del sombrero florido... Canta que es un primor...

—¿No hay más?

—Ni falta que hace... Tienes siete ocasiones... ga-

rantizadas. La que menos, es capaz de casarse hasta por radio.

—¿Por cuál debo empezar?

—Por la primera que se te presente...

Jimmie, resuelto a demostrar valor, se dirige a Encarnación, y como buen americano, se le declara:

—Señorita... ¿Se casaría usted conmigo?

La señorita se sorprende. ¿Está loco aquel joven que, sin conocerla, le propone matrimonio?

Jimmie espera ansioso la respuesta, y es tan cómica su actitud, que la pretendida se ríe en sus propias narices, marchándose aquél confuso y turbado.

El socio y el notario animan al chasqueado galán, y para aleccionarle un poco en el arte de conquistar mujeres, el primero, contando con la cooperación del segundo, dice a Jimmie:

—Lo que te pasa es que tienes menos gracia que un auto de desahucio... Figúrate que el señor notario es la Mary Pickford... Y fíjate en mis chururas y en mi palique...

El socio compite con los mejores donjuanes, es tal su habilidad, que el notario se ruboriza. Por un momento llegó a creer que era la mismísima Mary Pickford.

—Ahora, ensáyate tú... Con un poco de imaginación, la ilusión es completa...—le dice luego a Jimmie su compañero.

Jimmie se propone imitar a su socio, pero el notario es más feo que un día sin pan... y no hay manera de inspirarse.

María Luisa pasa cerca de Jimmie en aquel momento y él, envalentonándose ante su garbo, la sigue, deteniéndola en el jardín.

—¡Oh, bella criatura! Cinco palabras nada más: e quiere usted casar conmigo?

Un grupo de jugadores de *tennis* presencia la escena, muy interesante por cierto. Jimmie se ha arrodillado ante la mujer, y le implora "su hidalga compación"... (invierte el papel de Tenorio).



—¡Oh, bella criatura! Cinco palabras nada más: e quiere usted casar conmigo?

La joven, asombrada, da pase poco a poco a la risa, hasta soltar carcajadas, a las que se añaden las de los espectadores.

Jimmie pretende huir, porque los chascos y las burlas no le sientan bien; pero el socio no duer-

me, y le infunde nuevos ánimos para seguir declarándose.

Se presenta Esperanza. El nombre es animoso... pero esa esperanza está muy alta y se desvanece en las regiones heladas, a las que Jimmie no puede llegar con su cara impasible.

Jimmie no quiere seguir recibiendo calabazas como un vulgar vendedor de hortalizas... y va a pedir su sombrero a la guardarropa, una muchacha muy *garçonne* que no acierta a comprender cómo un hombre es capaz de correr tras del amor como un nifio en pos de un juguete, cuando es tan fácil enamorar... Naturalmente, a juzgar por sus miradas a Jimmie, está convencida de que su cerebro no funciona normalmente...

Pero en el piso superior del club, sentada a una mesita y leyendo una revista, hay una de las siete ocasiones apuntadas. Es Matilde. ¡Vaya mujer! Jimmie se le declara por escrito, para evitarse, en parte, el mal efecto del nuevo chasco. Y no falla. La aludida rompe en mil pedazos la petición, y Jimmie se abriga ante la lluvia que de los mismos le cae encima.

Anita da otra negativa a Jimmie... y no quedan ya más que tres ocasiones.

El socio, preocupado ante la cortedad de Jimmie, se propone ayudarle:

—Mira, esa es Mercedes... Me le declararé yo por ti, y para que sepa de quién se trata, te pones tú aquí con la cara más interesante que puedes...

—Lo que tú quieras, chico...

El socio no es amigo de preámbulos.

—¿Ha pasado alguna vez por esa linda cabecita la idea de casamiento? —pregunta a Mercedes a poco

de saludarla y de interesarse por su salud.

La "niña" suspira. El socio es agradable...

—Muchísimas... ¡ay!

—¿Se casaría usted con un hombre de un físico nada despreciable, con una fortuna menos despreciable todavía y que la adora como un salvaje?

La interesada se figura que el socio es el enamorado, y sin reflexionar su gesto, se abandona deliciosamente en sus brazos, al tiempo que Jimmie dirigía sus miradas a su pobre "futura".

—¡Arrea! —exclama el rico heredero, apartándose de su puesto de observación, porque, ¡miau!, no le gusta que le den gato por liebre... y colocando en su lugar al notario...

El socio se apresura a poner las cosas en claro, y dice a su amiguita:

—Perdone usted, señorita... No se trata de mí... El hombre que la adora... el hombre que está dispuesto a arrojarse a sus pies con toda su fortuna, ese ese...

Y le señala al notario, pensando que presenta a Jimmie.

Y Mercedes casi pega al socio por su "bromita pesada". ¡Proponerle casamiento con un gorila!

Maria Luisa es la sexta en ser "atacada"... pero vence también, y no le manda a decir a Jimmie que está chiflado, pues tiene buena lengua...

¡Y va bala! Luisa es la última en suerte.

Se presenta. Va a telefonear. Enciérrese en la cabina *ad hoc*. Allí la sigue Jimmie... pero sale al poco, tan "victorioso" como con las seis restantes. Demostrado queda que es un Barba-Azul de cartón.

—Qué hacer?

Jimmie intenta declararse a la guardarropa, pero

la *garçonne* se anticipa a la pregunta. ¡Otro no!

Entonces el socio, que tiembla ante la rapidez con que se mueven las agujas del reloj, se da unas palmadas en la frente, empuja a Jimmie hacia la calle, donde le espera su automóvil, y le dice:

—Ve a vestirte en seguida... Y con el anillo, las flores y la licencia de casamiento me esperas en la iglesia de la calle Ancha, a las cinco... Yo te llevaré el resto... digo, la novia.

Jimmie conviene en todo, y como para darle la puntilla, fuera del Club, las "siete ocasiones" le despiden burlándose de él a coro.

También se declaró Jimmie a una madre de familia, y a una tobillera que, ¡las hay ansiosas!, había hurtado un abrigo de pieles de su mamá para transformarse en "casadera".

—¿Cree usted que encontraré un hombre que quiera casarse conmigo? —le había preguntado la niña.

—¿Ha dicho usted *casarse*? — contestó Jimmie. — ¡Aquí estoy yo!

Pero la mamá se enteró de la travesura de la niña... y Jimmie se quedó sin novia otra vez.

El criado negro de Mary Jones llega, después de "volar" durante un par de horas, a un paso de nivel y ve aparecer a Jimmie en su automóvil. Para que se detenga, le hace una señal con los discos del guardabarriera, con tal acierto, que en lugar de indicarle que se detenga, le avisa que hay vía libre, ¿Por qué se equivocó? *Porque era negro...*

De modo que Jimmie no puede saber que Mary le está esperando en su casa, decidida a ser su esposa.

El notario, que aunque viejo sueña, había dicho al socio de Jimmie que no estaría de más que procurase llevar a la iglesia lo menos dos novias, por si una fracasaba... Si sobrase una, él se casaría con ella, porque su corazón se conservaba todavía joven.

Y el socio pensó que, por si las dos fracasaran,



...las "siete ocasiones" le despiden burlándose de él a coro.

lo mejor era poner un anuncio en un diario. Y lo puso, publicando una fotografía de Jimmie, con este texto:

Se desea una novia.

James Shannon, prominente bolsista de esta localidad, hereda siete millones de dólares si se casa hoy.

Lo único que falta es la novia.

Cualquier señorita vestida de novia que se halle a las cinco en la iglesia de la calle Ancha, puede ser la feliz pareja.

Uno de los más extraordinarios testamentos de que se tenga noticia es el del difunto José Shannon...

¿Daría resultado el anuncio?

Luego se vería.

En tanto, Jimmie, en espera de la hora de la boda, se declaraba a todo cuanto tenía faldas, desde una montaña hasta un escocés.

A la puerta de un teatro anunciábase la actuación de un célebre transformista, y Jimmie, confundiendo el sexo, se atrevió a declararse al hombre, saliendo al poco rato del escenario, descompuesto... y sin novia.

¿Qué remedio le quedaba sino ir a la iglesia y esperar allí a su socio con la novia?

Antes de las siete estaba en el templo. No había nadie. Esperarla.

A parte del pequeño detalle de la novia, nada le faltaba a nuestro héroe... Ni las flores, ni la sortija, ni la licencia... ni los billetes del tradicional viaje a las Cataratas... y ni siquiera los billetes hasta Reno, la Meca de los candidatos al divorcio.

Antes de llegar a la iglesia, Jimmie había pasado por trances apurados. Uno de ellos el presentar la decapitación de una mujer a la que iba a declararse... pero que resultó ser un maniquí de peluquero... Y luego el chasco de intentar decapitar a la verdadera mujer que estaba peinando el peluquero con arreglo al modelo del maniquí. ¡Cuántas calamidades!

Pero ahora viene lo gordo.

El anuncio en el periódico dió un resultado inesperado. Más de cinco mil mujeres se estrujaban para entrar en la iglesia donde Jimmie, cansado de esperar, y rendido por tantas emociones, se había dormido tendido en el primer banco.

En menos de lo que canta un gallo se llenó el



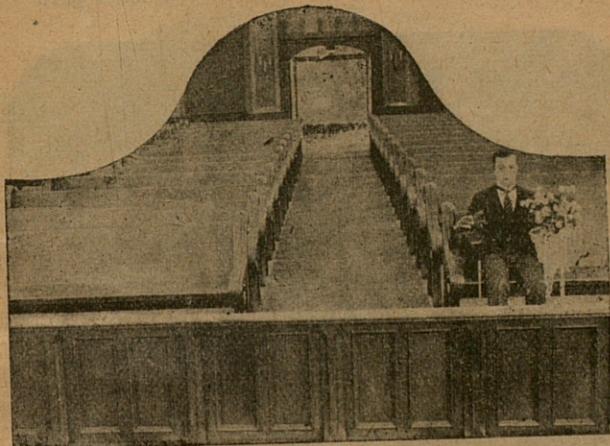
...saliendo al poco rato del escenario, descompuesto... y sin novia.

templo y quedaron fuera de él un batallón de novias. Autos, tranvías, toda clase de vehículos llegaban de todas direcciones. ¡Qué escándalo!

El socio y el notario estaban seguros de que Jimmie no tendría dificultad en elegir una de "sus"

novias. ¡Ahora sí que se casaba! ¡Qué brutos! Pero, por más que lo pretendieron, ellos no pudieron entrar en la iglesia, y las mujeres que se quedaban fuera gritaban desaforadamente, protestando de la estrechez del "local".

El pastor apareció asustado, y al enterarse del



Antes de las siete estaba en el templo. No había nadie. Esperaría.

anuncio, dirigió la palabra a las amotinadas novias:

—Hijas mías... Indudablemente se trata de una broma de mal gusto o de una estratagema de un anunciante desaprensivo... Y en nombre del res-

peto que se debe a este lugar, os ruego que lo abandonéis con la mayor compostura...

No muy convencidas, las mujeres iniciaron el mutis, pero he aquí que en tan crítico instante, Jimmie se despierta, ellas le reconocen, pues el retrato es exacto al original, y todas se lo disputan; y Jimmie, asustado, aprovecha la confusión para



Ellas le reconocen, pues el retrato es exacto al original.

escabullirse, arrojándose a la calle por una ventana del templo, cayendo encima del criado de Mary, que, enterado de su paradero, andaba buscando la manera de introducirse en la iglesia para entregarle el recado de su dueña.

Como las mujeres se disponen a perseguirle, Jimmie y el negro se ocultan en los sótanos de la iglesia, y allí recibe el rico heredero la noticia de Mary de manos del criado, y daría toda su fortuna por llegar sano y salvo a casa de su amada, agradeciendo espléndidamente al negro el haber sido por-



...cayendo encima del criado de Mary...

tador de tan grata nueva que le devuelve la vida.

Como una ola gigantesca, las mujeres burladas se precipitan a la calle, buscando a Jimmie; y se forman varios grupos para vigilar todas las bocacalles.

Jimmie y el negro salen de su escondite cuando creen pasado el peligro, y el primero, por más que lo anda buscando, no encuentra ni un maldito Ford para conducirle a toda velocidad al lado de Mary. Los tranvías también parecen asociarse a la protesta de las mujeres, y no se paran.

Son momentos de intensa emoción.



Jimmie hace frente a un batallón de mujeres indignadas!

(pág. 28)

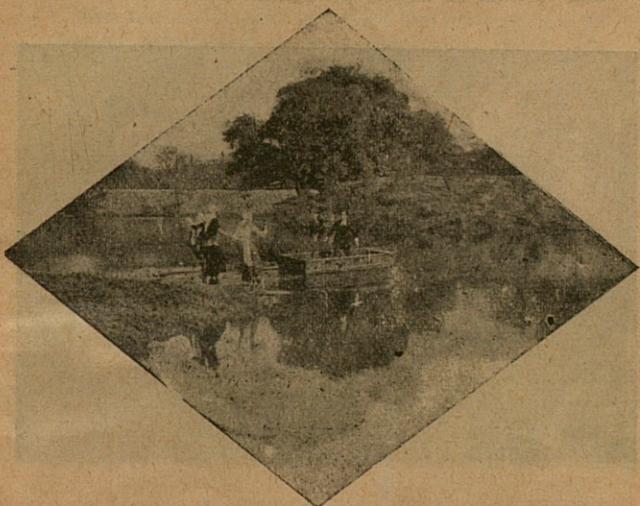
De pronto, la avalancha femenina se echa encima del culpable, obligándole a poner pies en polvorosa.

La persecución es de las que hacen época.

En un encuentro entre mujeres que acosaban a Jimmie, éste consigue escabullirse y se halla ca-

sualmente frente a su socio y al notario, que sudan tinta pensando en las pelotas que las disgustadas mujeres piensan hacer de Jimmie, que dice al primero, atropelladamente:

—No me detengo, chico, no me detengo, o estoy perdido. Corre a buscar un pastor y espérame con



Sin embargo, las mujeres, furiosas... (pág. 29)

él en casa de Mary. Yo trataré de estar allí, sea como sea, antes de las siete.

La policía trata de detener el ciclón... pero al ver que son mujeres, da media vuelta y... apafíarse. Lo mismo opinan los obreros de una zanja en la que Jimmie pretende ocultarse, impidiéndolo una de

ellas, que es de armas tomar. ¡Cualquiera hace frente a un batallón de mujeres indignadas!

Jimmie ha estado a punto de morir dos o tres veces. Así lo creyeron las perseguidoras una vez que, para librarse de ellas, se colgó Jimmie de una grúa, que al girar ofreció a un tren a toda marcha una víctima en aquel "pendentif" humano.



El retraso de dos minutos ha sido fatal.

(pág. 30)

Pero Jimmie evitó el peligro a tiempo... y al reaparecer prosiguió la persecución.

Vedle ahora. ¡Está a punto de caer en manos de sus enemigas! Un río se abre a sus pies. ¡Ah! Pero en la orilla hay una barca... Ya está... ¡Adiós peligro! Sin embargo, las mujeres, furiosas, intentan

vadear el obstáculo, pero no logran dar alcance a Jimmie, que, para ir más de prisa, se arroja al agua y nada desesperadamente hacia la otra orilla.

La persecución se repite en la pedregosa montaña a cuya falda se desliza el río. Las mujeres han cortado el paso a Jimmie saliendo a su encuentro por un atajo.

Son tantos los pies que pisan las piedras, que éstas se desprenden, y ¡hay que ver la lluvia que amenaza romper la cabeza de Jimmie! Tan es así que éste, para salvar su piel, recurre a imitar a los malabaristas hasta que se pone en salvo.

—¡Cuánto tarda, madre mía!—dice Mary angustiosamente.

—No temas, hijita. Estará por llegar.

El pastor espera la llegada del novio.

El socio y el notario se frotan las manos nerviosamente y sus dientes castañetean de impaciencia...

Dos minutos más... y perdida la herencia.

Jimmie no duerme. Lo malo es que está rendido y sus pies no obedecen a su corazón.

Al fin llega, sudoroso y jadeante, cubierto de polvo y destrozada su indumentaria.

Es recibido con tristeza.

—¿Qué?... ¿He llegado tarde?—pregunta Jimmie.

El socio, "reventado", contesta afirmativamente. El retraso de dos minutos ha sido fatal.

Mary se acerca a Jimmie, y mirándole a los ojos, murmura:

—¿Y por eso no vamos a casarnos?... ¿Crees tú que es indispensable el dinero para ser felices?

Jimmie suspira.

—Mary... No soy más que un fracasado... Ante mí se alza la ruina y el deshonor... ¡Y te quiero demasiado para permitir que tú lo compartas con



Y el pastor bendice el amor de Mary y Jimmie.

(pág. 32)

migo!

Y, para ocultar su gran dolor, sale Jimmie a la calle, y entonces ve en el reloj del cercano campanario que faltan dos minutos para las siete.

—¡Oh! Tu reloj es una patata. Van a dar las siete—dícelo a su socio regresando a la casa.

En efecto; no son las siete aún. El reloj del socio sólo sirve para dar sustos.

Y el pastor bendice el amor de Mary y Jimmie, y dan las siete en la calle al terminar la ceremonia, y los siete campanazos suenan en los oídos de Jimmie como canto de gloria...

Los siete millones de dólares han sido salvados. El notario y el socio se abrazan...

Y los palominos, "para no ser menos", se alejan hacia el jardín, y van a besarse, cuando el perro de Mary se interpone...

“¡Bonito cachorro!...” — dirán ustedes. Pero no. Ya se acabó la timidez. Ahora el perro es un estorbo... sobre todo en momento tan sentimental. ¡Ay, sí!

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

La interesante novela de la
PARAMOUNT

*El hombre
indomable*

PROTAGONISTA: JACK HOLT

POSTAL REGALO: ADA SWEDIN

PRECIO: 30 CÉNTIMOS

32 PÁGINAS

10 FOTOGRAFIAS

LA NOVELA FILM se pone a la venta en to-
dos los kioscos de España todos los martes

SU REVISTA PREFERIDA SERÁ

?????

EDITADA POR

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

COLECCIONE USTED

*LA NOVELA INTIMA
CINEMATOGRAFICA*

BIOGRAFIA de ARTISTAS de la PANTALLA